



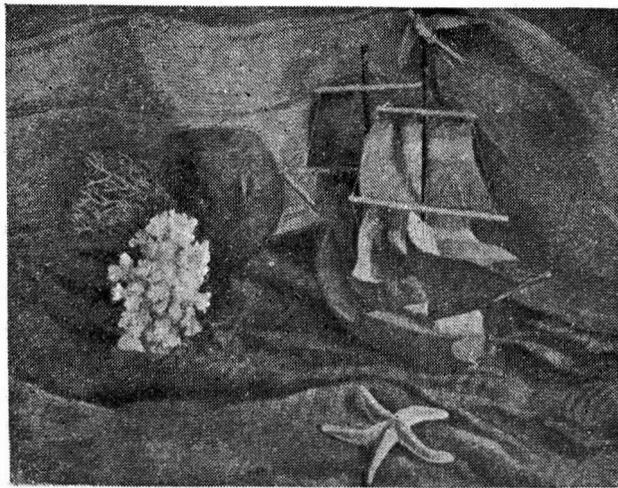
Retrato de Palma Guillén

Retrato de Isabel Villaseñor



Nota a la Exposición de Angelina Beloff

Por Antonio Acevedo Escobedo

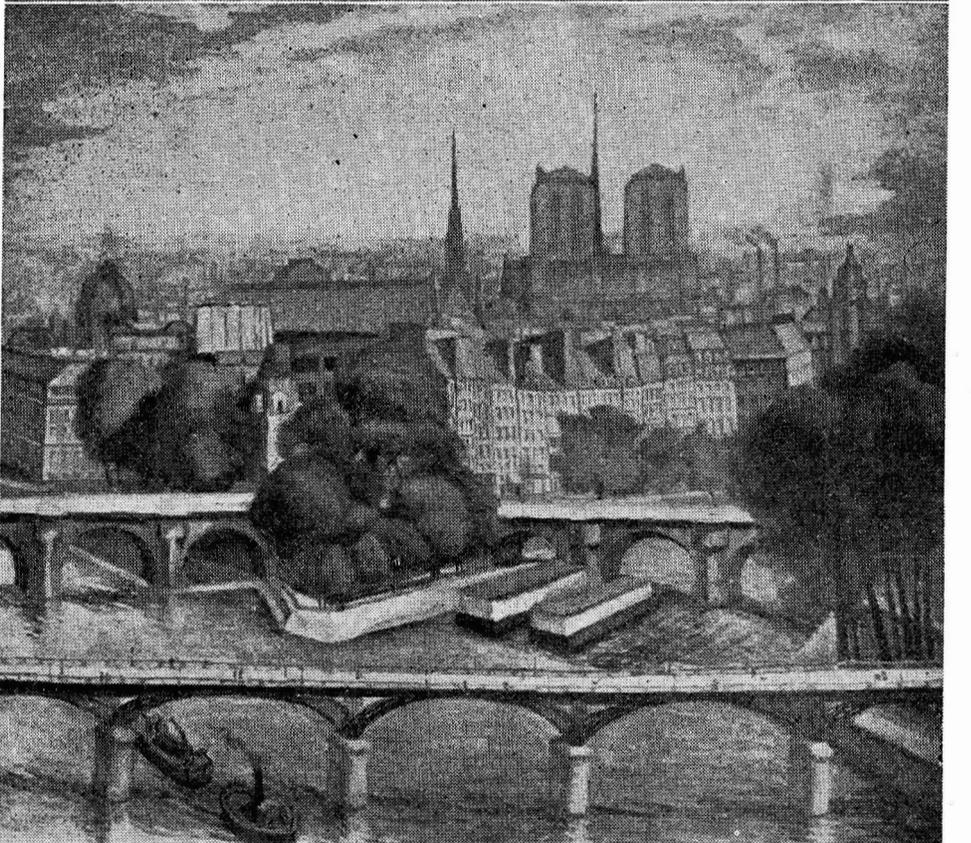
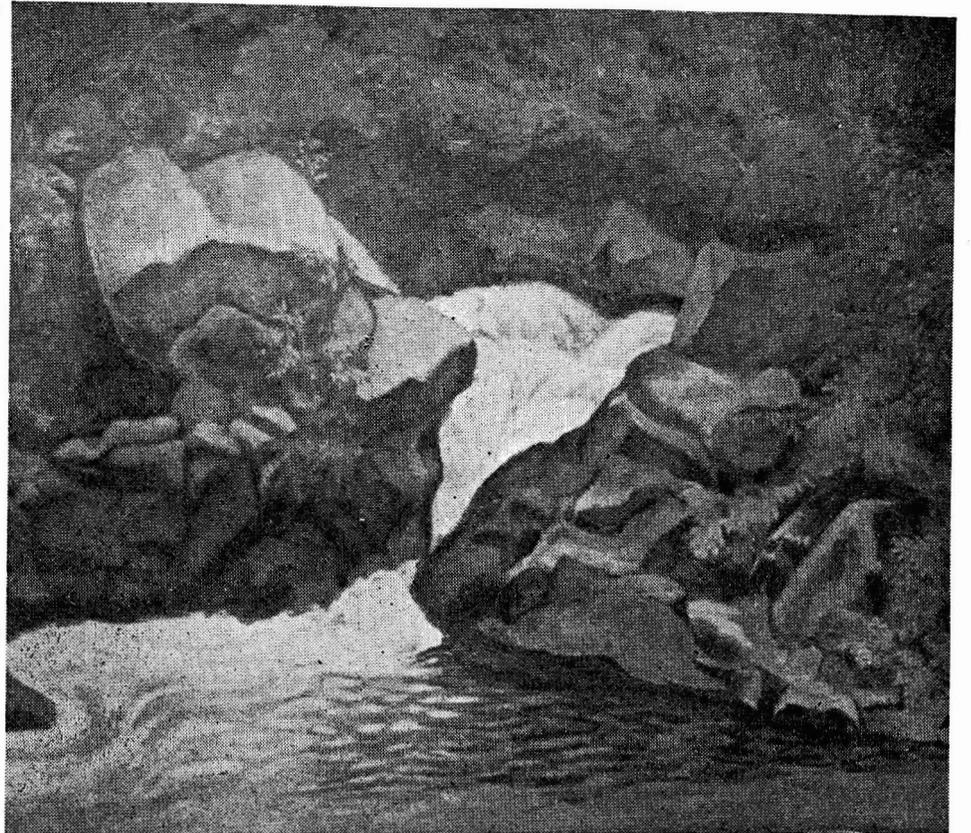


Marina (naturaleza muerta)

SU historia es breve y bien sabida. Abrió los ojos en Rusia. Se hizo artista en París. Concurrió con óleos, acuarelas, dibujos y grabados a los Salones de Otoño de las Tullerías y de los Artistas Independientes. Ilustró libros de escritores próceres; Francis Jammes, Charles Vildrac, André Maurois, Jacques Rivière, Jean Rostand, Jack London — como quien dice: de la selva al espíritu. El patriarca Elie Faure dijo de ella: “Estimo su trabajo y la considero como una de las artistas más vigorosas y originales de hoy. Señalo además el equilibrio, la medida y el buen sentido de su obra.” Si algo hay que conceder a la anécdota, agregaremos que fué la primera esposa de Diego Rivera. Vino a México y de aquí la mandó el Gobierno a Europa, a fin de que observara el desarrollo del teatro guiñol. Se le debe un libro esclarecedor sobre la materia, en el que lo mexicano alcanza categoría de revelación. Hoy es tan nuestra como el cempasúchil y el *corrido*. Hablamos de Angelina Beloff.

De esta Angelina Beloff que ahora, madrina de sí misma, ha querido ofrecernos el más refinado *bolo* de bautizo con las esencias del territorio que a todos nos sustenta, a través de los paisajes, retratos y naturalezas muertas que reflejan y explican su sensibilidad personalísima. Porque ella no se parece a éste o aquel pintor: se siente muy a sus anchas en el papel de Angelina Beloff.

La sollicitación del color, la luz y la manera pic-



tórica de México la posee decididamente. Está fija en sus telas la claridad, la soterrada ternura en que por encima de escuelas y tendencias el mexicano se encuentra identificado. Hay en sus paisajes de Tepoztlán una armonía infalible —femenina, diríamos— para unir en las composiciones la nota ceñuda de las rocas con la inocencia del agua y la yerba. Sus retratos —como los de Chabela Villaseñor, Palma Guillén, Germán Cueto, Antoniorrobles— tienen una potencia espiritual y expresiva que se desprende del marco que los encierra: testimonios de vida sin término.

La artista, como todo creador, ha pasado por diversas etapas de preferencias estéticas que se impuso a sí propia con una íntima exigencia de verdad y rigor. Hizo cubismo —¡cómo no!— y penetró en muchos otros recintos del arte contemporáneo. Hoy, en la madurez de sus facultades, se encontró definitivamente. Pinta con pasión de joven y seguridad de maestro. La dilatada experiencia en el oficio mantiene su pincel en el límite justo: ni más allá del desbordamiento, ni más acá de la pobreza. Por sobre los años transcurridos persiste la virtud fundamental suya que entrevió Faure: el equilibrio. Y pocos cuadros como los de ella nos transmiten una sensación idéntica de alegría y de frescura.

Que por muchos años siga disfrutando Angelina Beloff de la excelente salud artística que muestra en estos días.